

Persona y Educación en Mounier

Por Alfonso CAPITAN DIAZ

Mounier es educador;* todo su pensamiento tiende al encuentro personal de cada hombre en sí mismo; ser persona y serlo auténticamente, es el fin de la educación personalista; «la personalización es el bien supremo del Universo». «El profeta de la revolución personalista y comunitaria —ha dicho Lacroix— se había propuesto como misión restituir a cada hombre la posibilidad de una vida personal» (1). «La persona es una forma de subsistencia y de independencia. Mantiene tal subsistencia mediante una adhesión a una jerarquía de valores, libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrollo, además, a impulso de actos creadores, su vocación personal» (2). En este universo personal, al que alude continuamente Mounier, el hombre se encuentra, desde que nace, abierto a su realización como persona (3).

La persona, existencia encarnada, sujeto de educación

Mounier incardina el origen del proceso de personalización en la genuina forma de ser hombre, y lo *instala* a partir de su «existencia encarnada». Yo soy persona desde mi existencia más elemental, y lejos de des-

* Emmanuel Mounier (1905-1950) nace en Grenoble; ha sido el principal representante del personalismo cristiano en Francia. Discípulo de Chevalier, fundó en 1932 la revista **Esprit**, como respuesta cristiana a los problemas de su tiempo y de siempre en torno al hombre; todos sus escritos, en los que «vigencias schelerianas, marxistas, utópicas y existencialistas» como ha afirmado recientemente Cruz Hernández (**Mounier, a los 25 años de su muerte**), se han centrado en la persona y en la comunidad personal. Su pensamiento se ha extendido más allá de las fronteras de su país, y ha incidido, aunque con timidez, en las concepciones de orden social, político, moral, educativo... de algunos grupos sociales.

(1) Lacroix, J. **Mounier, educateur. Esprit** (dic. 1950), pág. 841.

(2) Mounier, E. **Manifeste au service du personalisme**. Oeuvres I., pág. 523.

(3) «La formación de la persona en el hombre, y la del hombre según las exigencias individuales y colectivas del universo personal, comienza desde el nacimiento». **El Personalismo**. Buenos Aires. Eudeba, 1962. pág. 64.

personalizarme, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi fundamento» (4). Gracias a su cuerpo el hombre está *expuesto al mundo*, a las cosas, a los demás; es la necesaria «tentación de salir de nosotros en la búsqueda afanosa de «lo real»; aceptarlo, para, después dar comienzo al sentido creador del hombre (5). Toda solución que polarice la problemática del hombre en la materia, o en el espíritu, implica atentar gravemente contra la persona. El personalismo mouneriano rechaza cualquier doctrina espiritualista o materialista sobre el hombre, y quiere solucionar los problemas humanos «en toda la amplitud de la humanidad concreta, desde la más humilde condición material a la más alta posibilidad espiritual». Aquí, la presencia de la tesis evolucionista de Theilard de Chardin sobre el «universo personal» (6) y de la teoría de la evolución creatriz de Bergson, que habría recibido, probablemente, a través de Charles Peguy, es patente.

El sustrato biológico modula el carácter y significa el componente fisiológico de éste, al margen de toda sospecha de dualismo en el que coactuasen carne y espíritu en un juego de interferencias vigentes con más o menos intensidad. No. La unidad del hombre es más profunda que tal coactuación. «El hombre es en cada instante, y lo uno dentro de lo otro, una compenetración de alma y carne, conciencia y gestos, acto y expresión». Mounier en su *Tratado del carácter* incide una y otra vez en la idea de unidad (solidaridad) de lo bio-psíquico, como presupuesto antropológico del proceso de personalización: «es el hombre por entero, espiritual y carnal, que en la vida personal trasciende los fenómenos particulares y traduce la solidaridad órgano-psíquica» (7). La decisión de nuestro actuar emerge del hombre «todo» y es expresión del equilibrio y presencia *diagonal* de los datos de orden biológico y psíquico que nos definen en cada momento. «Pero si la decisión importa un equilibrio, es infinitamente más que un equilibrio: es un comienzo en el ser y afirmación de un yo» (8); la facultad de decisión-resolución del carácter constituye la facultad central

(4) **El Personalismo**. pág. 16.

(5) «Para ello debe negar la naturaleza como **dada** y afirmarla, en cambio como obra, como obra personal y soporte de toda personalización. Entonces la **pertenencia** a la naturaleza se convierte en **dominación** de la naturaleza, y el mundo se anexa a la carne del hombre y a su destino» (**El Personalismo**). pág. 17.

(6) En efecto, Theilard en su ensayo **El Universo personal**, fechado en Pekín el 4 de mayo de 1936 afirma: «Pues, en verdad, lo espiritual puro es tan indispensable como lo material puro. Igual que, en un sentido, el punto geométrico no existe, pero hay tantos puntos estructuralmente diferentes como métodos para engendrarlos a partir de diversas figuras... así todo espíritu saca su realidad y su naturaleza de un tipo particular de síntesis universal. Cuanto más elevado está un ser en el tiempo, más reúne en sí, en su ángulo sólido, una mayor complejidad más íntimamente unificada. La realidad del espíritu-materia se traduce inevitablemente y se confirma en una estructura del Espíritu» (ob. cit. Madrid. Narcea, 1975. pág. 80).

Y más adelante insiste: «Así reaparece, no solamente en el fondo, sino por encima de nosotros mismos, la ley de convergencia fundamental. La unión nos ha hecho hombres organizando, bajo el control de un espíritu pensante, los poderes confusos de la Materia... La unión en el interior nos ha personalizado hasta aquí. Ahora es la unión en el exterior la que va a «supra-personalizarnos» (ob. cit. pág. 87).

(7) **Tratado del carácter**. Buenos Aires. Ed. Antonio Zamora 1971 (2.ª) pág. 109.

(8) *Ibidem*. pág. 407.

de la persona, y, es a partir del análisis psicológico del carácter, de donde Mounier hace trascender al hombre a la unidad personal, responsable, frente al mundo y a los otros hombres (9).

El hombre resuelto se *compromete* en todo acto —no en todo hecho— consigo mismo y con los demás hombres; y en este continuo compromiso conforma su personalidad en el marco de la exigencia individual y colectiva: «asumir la decisión es formar a la personalidad entera», pues «toda la fuerza del instinto domeñado converge en su eficacia con todos los poderes de la cultura y de la virtud. El hombre que quiere es un producto tan extraordinario e infrecuente como un verdadero hombre de ingenio» (10). Los términos-clave vertidos por Mounier en el estudio del carácter, como fundamento estructural del proceso de personalización, aparecen con frecuencia referidos a voluntad, decisión totalidad del yo, libertad, apertura, tensión dinámica de la intimidad hacia la finalidad exterior, equilibrio, unidad... (11). Mounier incide una y otra vez, al borde de la obsesión, en la unidad «tensa» de la persona: «situado entre ambos extremos, el esfuerzo espiritual de edificación de la persona representa un conato de reunir en torno a un centro y un itinerario a los fragmentos desmembrados de la psique, a los estancamientos inconscientes, a las proyecciones mal enfocadas, y a los afanes conscientes...; el equilibrio de la personalidad exige la participación activa de todos los sectores del yo, y comienza a hacerse evidente que la vida subconsciente no es exclusivamente irracional y destructora» (12).

El hombre, existencia *incorporada*, conecta con la naturaleza y el proceso de personalización se *in-tiende* hacia la transformación de la naturaleza del hombre, que deja de ser naturaleza pura, para devenir a naturaleza humana: el hombre vence a la naturaleza, y ésta «se hace», como obra personal de aquél, en un proceso no de mera relación, sino de «relación dialéctica de intercambio y ascensión» (13).

(9) Es ésta una de las ideas axiales del pensamiento de Mounier: «La resolución del carácter... escapa a todo análisis psicológico. Se conoce a sí misma en la prueba dura o azarosa, y se verifica, se acredita, se gana o se enmienda en el acto responsable, frente a la realidad y frente a los hombres. Nos hallamos aquí en ese punto de tangencia en el que la caracteriología entra en contacto con lo moral; y donde si no en el análisis de las esencias por lo menos en la realidad, se confunde con ella hasta la indistinción» **Tratado del carácter**. pág. 407.

(10) *Ibidem*. pág. 408.

(11) «La genuina voluntad es un poder franco, libre, abierto de par en par, que arranca al hombre a sí mismo para centrarlo sobre una finalidad exterior y superior, a la vez que arraigada en su intimidad... La voluntad es por consiguiente la operación del yo en su totalidad». **Tratado del carácter**. pág. 446.

(12) *Ibidem*. pág. 519.

(13) Mounier cree ver cierta vecindad en este punto entre el marxismo y el cristianismo. «El movimiento del marxismo, que piensa que la misión del hombre consiste por lo contrario, en elevar la dignidad de las cosas humanizando la naturaleza, está aquí próximo al del cristianismo, que da a la humanidad vocación de redimir por el trabajo, redimiéndose, a una naturaleza que el hombre arrastró en su caída» **El Personalismo**. pág. 17.

Dinámica personal del proceso educativo

Salido de cimientos el proceso de personalización «camina adelante» en virtud de la energía viviente y dinámica de lo humano. El dinamismo interno de tal proceso es dialéctica de dos movimientos: el de *expansión* y el de *interioridad*, que proceden de forma continua; en realidad, ambas a la vez constituyen la misma raíz de la vocación comunitaria de la persona: «toda exclusividad de un movimiento por el otro produce un desequilibrio fundamental en la situación de los individuos y de las colectividades» (14).

Los actos originales de la persona que significan «salir de sí», «comprender», «tomar sobre sí» (asumir), «dar», «ser fiel»... dicen un afán personal de comunidad. La persona es vocación de comunidad porque tiene *su puesto* en ella, y en ella se realiza. «Pero basta para definir una posición personalista pensar que toda persona tiene una significación tal que no puede ser sustituida en el puesto que ocupa dentro del universo de las personas» (15). Y la vida comunitaria sólo tiene sentido como comunidad de personas y no de individuos; el individualismo hace del hombre, un ser egoísta, irresponsable, anónimo.

Mounier rechaza, por esta razón, «el personalismo pagano, anarquista o fascista», por ser un pseudo-personalismo individualista, y reserva el nombre de comunidad «a la única comunidad valedera y sólida, *la comunidad personalista*, que es, más que simbólicamente, una persona de personas» (16). «La revolución comunitaria —ha dicho Carlos Díaz— no puede dejar de ser personalista. Esto significa que en ella lo público estaría corrompido por oponerse a lo privado. Cuando lo privado no coincidiese con lo público, habríamos caído o en el renacimiento individualista que hay que rehacer, o en el renacimiento totalitarista que hay que rehacer igualmente. El aprendizaje del nosotros no puede darse sin el aprendizaje del yo. Es el problema del equilibrio entre el egoísmo de la soledad y el comunitarismo incapaz de autopesesión» (17).

La educación de la persona ha de relegar toda tentativa individualista y reafirmar la singularidad personal, entre la presencia del otro, de los demás. Comprender a los demás es «dejar de colocarme en mi propio punto de vista para situarme en el punto de vista de otro. No buscarme en algún otro elegido semejante a mí... sino abrazar su singularidad con mi singularidad, en un acto de acogimiento y un esfuerzo de concentración» (18). En una palabra, «ser todo para todos sin dejar de ser, y de ser

(14) **Qu'est ce que le personalisme.** Oeuvres III. pág. 211.

(15) **El Personalismo.** pág. 30.

(16) **Manifeste au service du personalisme.** Oeuvres I. pág. 539.

(17) Carlos Díaz. **Personalismo comunitario.** (Mounier a los 25 años de su muerte) ob. cit. pág. 28.

(18) **El Personalismo.** pág. 20.

yo». Más la educación para la comunidad no está exenta de limitaciones —*fracasos*, según Mounier— que nacen de la comunicación misma entre personas: en la intimidad del diálogo personal siempre hay «algo» de uno u otro que se escapa a la comunicación, porque ni siquiera en la propia existencia de cada uno se le muestra todo con nítida transparencia y la tentación de egocentrismo puede «levantar una nueva pantalla entre hombre y hombre».

El otro factor de la dinamicidad de la persona se define como *subjetividad*, *interioridad*, o simplemente *vida interior*. Es la *conversión íntima* de la persona por la que el hombre se repliega en sí mismo en un movimiento «centrípeto» que enriquece la vida personal y le dispone mejor para la comunidad con los otros; no es por tanto, desistir de los demás o un fenómeno de flaqueza o de impotencia, ni una «tregua» cuando cunde «la desesperanza» frente a los demás, es la necesidad que el hombre tiene de no perder su intimidad, porque ello significaría interrumpir la comunicación del universo personal. «Se comprende, pues, que la vida personal esté ligada por naturaleza a un cierto *secreto*. Las gentes totalmente volcadas al exterior, totalmente expuestas, no tienen secreto, ni densidad, ni fondo» (19). Mounier insiste en la necesidad de vida íntima o privada como principio del proceso de personalización: «la vida personal comienza con la capacidad de romper el contacto con el medio, de retraerse, de dominarse con vistas a reunirse en torno a un centro, a unificarse; lo importante no es de hecho el repliegue, sino la concentración, la *conversión* de las fuerzas» (20).

Esta llamada profunda e íntima a la unidad personal se llama *vocación*; integra todo lo que acontece en la persona «ad intra» y «ad extra»; no es un término que se refiera concretamente a profesión alguna, sino a la *singularidad* en el universo personal. La persona necesita de su *intimidad*, la que asume y desarrolla un haz de valores, cuya «conquista» —creación— le pertenece por obra y gracia del ejercicio de su libertad; la democracia personalista se opone a cualquier autoritarismo que atente a la libertad personal; «en una organización personalista hay responsabilidad por todas partes, creación en todas partes, colaboración en todo: no hay gentes pagadas para pensar y otras para ejecutar, y las más favorecidas para no hacer nada» (21). La intimidad, a su vez, garantiza la vida comunitaria y coadyuva a la instauración de un régimen personalista y comunitario (22).

La educación personalista pretende hacer del hombre un ser *singular* y con *nombre propio*, buceando en su vocación personal; mas este «cami-

(19) **El Personalismo**. pág. 27.

(20) *Ibidem*. pág. 26.

(21) **Manifeste au service du personalisme**. pág. 601.

(22) «La vida pública deberá hacerse suficientemente discreta para asegurar a cada persona el círculo de soledad y de meditación, preparatorio a la libertad, al que todo hombre tiene derecho, y que ninguna fuerza en el mundo puede usurpar». **La revolution personaliste et communautaire** Oeuvres I. pág. 416. (Usaremos además otras dos ediciones de esta obra: la de París, 1935, y la versión española en **Obras completas**, I, de Ed. Laia).

nar» o es un ejercicio ascético y creador de valores o es algo vacío, inauténtico, impersonal. Cuando la intimidad es entregarse a la vida vegetativa, o significa una retirada del «combate» personal con el mundo, o es «lugar donde busco la tibieza vital, la pasividad vegetativa, la dependencia biológica», entonces el proceso de personalización se tergiversa, se interrumpe, y la frustración aparece en el horizonte personal incluso más allá del círculo privado de cada hombre; y la educación, se vacía de contenido y su sentido cae en la nada.

Con frecuencia, estas y otras actitudes atentatorias a la intimidad —y por tanto, a la vocación hacia la unidad personal— son respuestas del hombre a la presión implacable que los otros hombres ejercen contra él. «Por esto, aún en la vida colectiva, el personalismo dará siempre el primado a las técnicas de *educación y persuasión* sobre las técnicas de presión, de astucia o engaño: pues el hombre sólo se halla bien allí donde se vuelca por entero» (23).

Es evidente que la educación se instala en la dialéctica personal interioridad-objetividad, ensimismamiento-alteridad, «yoidad»-comunidad (24), que implica creación y comunicación de valores personales, como dos perspectivas dinámicas de una misma realidad... (25). «Estos valores están encarnados en unas personas destinadas a vivir en una comunidad total» (26).

La educación, quehacer en y para la libertad

«Esprit» publicó los principios de una *educación personalista*, redactados por una comisión de amigos de esta revista (27). Uno de estos principios, el segundo, sostiene que la actividad de la persona es libertad y la conversión a la unidad de un fin y de una fe y por ello la educación fundada sobre la persona no puede ser totalitaria por ser coercitiva.

En efecto, la educación personalista parte de la realidad y el ejercicio de la libertad, porque «la educación —dice Lacroix— es una aceptación progresiva de responsabilidad». De ahí que los límites que la educación soporta le vienen transferidos de la *manera de ser* la libertad humana.

Que la libertad sea absoluta, para Mounier, es un mito. «La libertad del

(23) **El Personalismo**. pág. 30.

(24) «Es justamente este visceral espíritu dialéctico de Mounier lo que permanece a lo largo de las variantes diacrónicas. Por ello, sus primeros trabajos estuvieron dedicados a la dialéctica y a la tensión entre los contrarios, buscando la nueva comunidad digna de un hombre nuevo». Carlos Díaz. **Personalismo comunitario**. ob. cit. pág.20.

(25) «La palabra existir indica por su prefijo que ser es abrirse, expresarse. Esta tendencia muy primitiva es en la que, en su forma activa, nos impulsa a exteriorizar nuestros sentimientos en la mímica o la palabra, a dejar la impronta de nuestra acción en obras visibles, a intervenir en los asuntos del mundo y de los otros». **El Personalismo**. pág. 31.

(26) **La Revolution personaliste et communautaire**. Oeuvres I pág. 216.

(27) Vid. «Esprit» febrero 1936. «**Pour un statut pluraliste de l'école**».

(28) Lacroix, J. ob. cit. pág. 848.

hombre es la libertad de *una persona*, y de esta persona, constituida y situada en sí misma de determinada manera, en el mundo y ante los valores» (29). La libertad está «condicionada y limitada por nuestra situación concreta», y es en el devenir cotidiano del hacer humano donde se experimenta la libertad como una certeza absoluta, aunque no pueda probarse discursivamente su existencia (la influencia de Bergson y de Jaspers es manifiesta). El proceso de personalización implica un acto continuo de libertad y una constante huida de fuerzas impersonales que atenazan al hombre, alineándolo, y lo hacen *objeto* de su despliegue. «Para que estuviéramos liberados de toda ocasión de alineación sería necesario que la naturaleza fuese enteramente inteligible, la comunión permanente, universal y perfecta, y total la posesión de nuestros ideales» (30).

Pero la libertad es algo más: la libertad de una persona valorizada; está «invocada» a un mundo de valores que el hombre acepta, crea o «recrea»; instalarse en el mundo no es simplemente adaptarse a él, sino dialogar con él: la libertad es, en este sentido, compromiso con los valores y con el «mundo» de personas y cosas, que elijo y a los que me adhiero. Y así se conforma la autonomía de la persona, que no consiste en «cerrarse» en sí mismo, sino en el uso efectivo de la auténtica libertad; ello implica apertura al mundo o «permanencia abierta» por naturaleza.

Es manifiesto que la libertad se opone a «puro surgimiento» —sin *compromiso* alguno ni condiciones— y a alineación —negación de autonomía personal— y que la educación en el hombre es educación de la persona *en y para* la libertad en la comunidad, excluyendo todo conformismo o adaptación anónima. «La educación —dice Mounier— no puede, pues, tener por fin amoldar al niño al conformismo de un medio familiar, social o estatal, ni se restringe a adaptarlo a la función o al papel que ha de representar al llegar a adulto» (31).

Fin de la educación: persona y trascendencia

En el pensamiento de Mounier el concepto de trascendencia aparece con cierta insistencia en el horizonte *intra* y *extrapersonal*: hay una *trascendencia espiritual* o «surgencia» de la corporeidad en que el hombre está anclado y una *trascendencia ontológica*, como un «salto» fuera del ser. No *son dos trascendencias*, sino *la misma trascendencia*, la única trascendencia de la persona «que implica que ésta no pertenece ser a sí misma», y que tiene sentido por la Trascendencia Divina.

La trascendencia es afirmación de la apertura de la persona y «nega-

(29) **El Personalismo**. ob. cit. pág. 37.

(30) *Ibidem*. pág. 39.

(31) *Ibidem*. pág. 64. En **Los Principios de una educación personalista**, a que nos hemos referido anteriormente, se insiste en esta idea: «La educación no tiene por fin amoldar al niño al conformismo de un ambiente social o de una doctrina del Estado» (Puede consultarse en «**Manifeste au service du personnalisme**»).

ción de sí como un mundo cerrado, suficiente, aislado en su propio surgimiento. La persona no es el ser, es movimiento de ser hacia el ser, y sólo es consistente en el ser al que apunta» (32). La personalización se muestra ahora como «movimiento hacia un transpersonal» que le invita «a la experiencia de la comunión y a la de valorización» a través de la creatividad; la creación, en tal caso, implica un quehacer creador y «ascético» de valores. Mas este movimiento hacia lo transpersonal es combativo; «la experiencia muestra que no hay valor que no nazca en la lucha y no se establezca en la lucha, desde el orden político a la justicia social, desde el amor sexual a la unidad humana, y para los cristianos al Reino de Dios» (33).

El camino de lucha por la trascendencia, sin embargo, está lleno de ambigüedades —luz y sombra—, de abnegaciones, de amenazas de muerte, de silencios —«Dios es silencio, y todo lo que vale en el mundo está lleno de silencio»—, de angustia, de miedo... En esta *agonía* se forja la «eminente dignidad del hombre».

La educación integral de la persona principia desde los valores biológicos, y el hombre ha de salir «de la miseria fisiológica» para acceder a los valores superiores, pues «el valor supremo no puede ser la perfecta organización de los valores vitales y económicos que se designa generalmente con el nombre de felicidad» (34); y es que la educación no impele al hombre a buscar un mundo feliz, sino un mundo humano, es decir personal (35).

La formación intelectual y científica implica la liberación de prejuicios y mitos que predisponen mal al hombre en la búsqueda de la verdad o Mounier rechaza los radicalismos que nacen de la consideración monopolar o del sujeto cognoscente, indeterminado, o de la verdad objetiva (36). La auténtica objetividad de la verdad tiene sentido en su relación a la *creatividad* de la persona.

La educación moral está acogida en el proceso mismo de personalización; «el universo personal define al universo moral y coincide con él». Su objetivo es doble: la liberación continua y la integración del hombre en el universo de «personas morales», por obra y gracia de la *ley* —que se localiza «entre la interioridad absoluta de la elección moral y la comunicación en la generalidad de la idea moral»— y del *amor*. Mounier concede aquí como en otro pasaje de su obra un lugar preeminente a lo moral; en el fondo, quizás, como ha afirmado Carlos Díaz, sólo haya un único Mounier, profundamente ético.

(32) **El Personalismo**. pág. 41.

(33) *Ibidem*. pág. 44.

(34) *Ibidem*. pág. 44.

(35) «Nuestro fin último no es la felicidad, el bienestar, la prosperidad de una sociedad cómoda, sino el realizarse espiritual del hombre **Revolution personaliste et communautaire**. París, 1935. pág. 28.

(36) «O bien eliminan radicalmente al expectador como existente personal y libre, al mantener la fuerza de la idea... o bien sólo dejan subsistir un expectador «objetivo», es decir, indeterminado, que explica todo, comprende todo, admite todo».

También los valores estéticos representan un importante papel en el universo personal; Mounier hace su *esbozo de una estética personalista*, porque los valores de belleza forman parte de «nuestro pan cotidiano». El arte es revelación de la realidad al hombre y actitud de éste ante aquélla; de ahí que con frecuencia el arte signifique «una protesta contra su mentira, en nombre de la realidad total divisada en sus experiencias marginales» (37). El arte, como ejercicio y como forma de vida, es comunicación con los seres reales; y este carácter «realista» no excluye su «abstracción» pues la trascendencia de la realidad sólo puede comunicarse por signos indirectos.

Los valores «históricos» surgen como creación libre del acontecer humano; «la historia no puede ser sino una creación en comunidad de hombres libres, y la libertad debe hacerse cargo de sus estructuras o de su condicionamiento» (38). La historia, por tanto, no puede estructurarse de acuerdo con cierto «andamiaje» previo y «a priori», que nos permita hablar de «el sentido de la historia» o de «designio providencial»; ello comportaría una perspectiva fatalista, en la que no cabría la comunidad personal.

Finalmente, a los valores religiosos, emanados de la trascendencia hacia la Trascendencia, les reserva Mounier un lugar decisivo en su personalismo cristiano: «la confianza, o intimidad suprema y oscura de la persona con una Persona trascendente inspira y da sentido definitivo y final a la vida. «Tal vez, sólo quien ha penetrado lo bastante adentro en Dios, es capaz de amar a todos los hombres, en Dios, a los que conoce y a los que no conoce, a cada uno por sí mismo, y llegado el caso a pesar de ellos» (39). Y el sentimiento cristiano de Mounier rezuma con fuerza en su pensamiento: «La encarnación es un mito exterior a la historia. Misterio trascendente a la historia, se desarrolla, sin embargo, en plena historia. La encarnación no es un dato, un punto, sino un foco de la historia del mundo, sin límite en el espacio y en el tiempo» (40).

Estructuras y educación

La personalización pertenece sólo y exclusivamente a cada hombre; pero el ambiente y las estructuras que lo definen pueden coadyuvar o atentar a tal proceso. La familia, la escuela, la sociedad y el Estado están al servicio del individuo —en este por tanto, el único responsable de su educación— y aportan un conjunto de valores materiales y espirituales que aquél debe utilizar desde su hacer «crítico»; «el niño es sujeto, no es *res societatis*, ni *res familiae*, ni *res Ecclesiae*. Sin embargo no es sujeto puro, ni sujeto aislado; inserto en colectividades, se forma en ellas y para ellas» (41).

(37) **El Personalismo**. pág. 46.

(38) *Ibidem*. pág. 47.

(39) **Revolución personalista y comunitaria**. Obras I. Barcelona. Ed. 1974. pág. 226.

(40) **Liberté sous conditions**. París. Ed. du Senil 1946. pág. 73.

(41) **El Personalismo**. pág. 64.

La familia, «comunidad natural primaria», es estructura carnal y espiritual, que proyecta en ambas coordenadas la vida del niño; su influencia en la educación es esencial, y de su equilibrio —autoridad y amor— se desliza primariamente la educación integral y humana de la persona. Pero la estructura familiar puede comportar anomalías y situaciones no justas que atenten contra el proceso educativo de sus miembros; sus causas radican en la ausencia de una o de las dos coordenadas citadas, propiciada casi siempre por el ambiente socio-político y económico: el capitalismo, el individualismo, la burguesía, los sistemas dictatoriales, el autoritarismo... irrumpen en la vida familiar atentando gravemente al proceso de personalización.

La familia burguesa, «anárquica y tiránica a la vez... constituida en sociedad cerrada, se construye a la imagen del individuo que le propone el mundo burgués: el sentido de la vocación y del servicio están en ella igualmente ahogados por el cuidado igualitario y el espíritu de reivindicación» (42). En la familia burguesa se dan cita el capitalismo, el individualismo y la «dictadura invisible del espíritu burgués, de la avaricia burguesa, de la hipocresía burguesa» (43). Este apego al dinero del grande y pequeño burgués hace olvidar o tergiversar otros valores, esenciales en la educación de la persona, y Mounier se escandaliza de que tal hecho se dé incluso en el seno de la familia cristiana: «Los cristianos (y los otros) han olvidado casi completamente la parábola de los lirios del campo, que se les ha dado como una norma fundamental de vida» (44).

La Escuela es un instrumento educativo, pero no el principal, que debe tener como misión educar, más que instruir, a todos los ciudadanos, «dándoles facilidades efectivamente iguales», pues la escuela, como órgano de la nación, no debe ser el privilegio de una fracción de la nación. Mounier y la educación personalista, propugna la *escuela pluralista* como solución deseable a la diversidad de criterios y grupos familiares del pueblo, cuya principal función será hacer buenos ciudadanos, amantes de su patria. Todo régimen «totalitario» de la escuela frustrará la educación de la persona en cuanto que anula su libertad.

La teoría personalista intuye los peligros de una escuela mental; una escuela fundada en la formación integral de la persona no puede ser, básicamente, «neutral»; si la escuela enseña a vivir más que a instruir, no es posible orientar la vida instalándola en una neutralidad «impersonal»; en otro sentido, interpretar la neutralidad como voluntad de enseñar y proteger la verdad contra cualquier desviación polémica, de liberar la enseñanza del sectarismo (45), en tal caso puede contemplarse la neutralidad; sin embargo quizás aquí la expresión «enseñanza neutral», por su imprecisión,

(42) **Manifeste au service du personalisme. Oeuvres I.** pág. 565.

(43) *Ibidem.* pág. 566.

(44) **De la propriété capitaliste a la propriété humaine. Oeuvres I.** pág. 461.

(45) Vid. **Pour un statut pluraliste de l'école.** Esprit. Febrero 1936 y **Manifeste au service...** Oeuvres I. págs. 481-649.



debería sustituirse por «educación para la libertad», «aprendizaje en la libertad», «enseñanza pluralista» u otros semejantes.

Mounier parte de la idea fundamental de que «El Estado es para el hombre, no el hombre para el Estado». La persona está institucionalmente garantizada por el derecho, cuya objetivación constituye el Estado. La disyuntiva poder-persona dice relación a la proyección socio-política de la educación. Cualquier solución monolítica de poder o de persona, liberalismo o anarquismo, olvidan «que, estando las personas enraizadas en la naturaleza, no se pueden violentar las cosas sin violentar a los hombres» (46); cuando el poder se funda en el destino personal del hombre, en el respeto a la persona y a su promoción, el marco socio-político resultante es el adecuado a la educación, porque entonces, y sólo entonces, el hombre conserva «su soberanía de sujeto» y «la inevitable alienación queda reducida al máximo».

En este equilibrio, tenso —que no es conformismo burgués— se da un proceso de personalización, recíproco, entre persona y poder (47); y el orden, el auténtico orden, es «una eternidad que resplandece».

En tal caso, la estructura política deseable será la *democracia personalista* o *democracia pluralista*, porque «realiza la síntesis entre los derechos absolutos de la persona olvidados por los poderes totalitarios, y la necesidad de colaborar al bien común mal entendido por el *individualismo* burgués y capitalista» (48). Ello supone una auténtica educación política de la persona, y «la democracia deberá suscitar... estructuras nuevas de educación y de acción política correspondientes al nuevo estado social» (49), es decir, el de una sociedad pluralista.

En «*La revolution personaliste...*», Mounier repasa aquellas situaciones o estructuras políticas que pervierten el auténtico proceso de personalización, y, por tanto la educación del pueblo: el totalitarismo, incluso el de los partidos políticos (50), el fascismo despersonalizante, que es un «pseudo-humanismo despersonalizante, pseudo-espiritualismo, que doblega al hombre bajo la tiranía de las «espiritualidades» más pesadas, y de las «místicas» más ambiguas...; nuevo materialismo a fin de cuentas, si el materialismo es reducir y esclarecer, en todos los planos el superior al súbdito» (51).

(46) **El Personalismo**. pág. 62.

(47) «Es la autoridad de una sociedad de personas racionalmente organizada en un orden jurídico; es la soberanía del derecho, que es el mediador entre las libertades y la organización, y persigue mediante trastrueques la puesta en juego colectiva de las libertades y la personalización continua de los poderes» **El Paternalismo**. pág. 63.

(48) **El compromiso de la acción**. Madrid 244. 1967. pág. 67 (nota 21).

(49) **El Personalismo**. pág. 63.

(50) «Hoy día un partido político se establece comúnmente a base de la opresión centralista de sus miembros: es un Estado totalitario en miniatura. No se preocupa de la realización de las personas se entregan a él o de la realización de las comunidades integrantes que se le unen». **La revolution personaliste...** pág. 347.

(51) *Ibidem*. pág. 225.

Con tales presupuestos socio-políticos sobre la persona, la teoría personalista de la *escuela pluralista* es una consecuencia inmediata.

* * *

La educación personalista es humanista, y el universo personal soporta un humanismo estructurado en tres niveles: *civilización, cultura y espiritualidad*.

La civilización, como «progreso coherente» de la adaptación biológica y social del hombre a su cuerpo y a su medio; la cultura como ejercicio espiritual y participación en la manera de pensar de una época y de un grupo, y espiritualidad, como descubrimiento de la vida profunda de su persona.

Este es el hombre nuevo, «únicamente un trabajo que apunte más arriba del esfuerzo y de la producción, una ciencia que apunte por encima de la utilidad, un arte por encima del placer y, finalmente, una vida personal entregada por cada uno a una realidad espiritual que le lleve más allá de sí mismo, son capaces de sacudir el peso de un pasado muerto y dar a luz un orden verdadero nuevo» (52).

(52) *Manifeste au service du personnalisme*. pág. 486.

Nota final. La educación denominada actualmente personalizada no brota espontáneamente; es un correlato concreto en el quehacer educativo y del aprendizaje, de una ideología, filosófica y pedagógica, que se define personalista. El personalismo filosófico de Mounier, de Lacroix, de Maritain... pueden ser antecedentes, entre otros, de las nuevas concepciones sobre educación personalizada.